

## SANTA INÉS

Otro aspecto de la fe de los primeros cristianos de Trastévere [Roma] era su devoción a los santos. Éstos habían creado muchas catacumbas en las cimas de las colinas que se cernían sobre Trastévere. Creo que eran, como todos los romanos, devotos de santa Inés, de esa joven santa romana. Hemos descubierto en la catacumba de Commodilla una pintura donde está representada al lado del cordero que alude a su nombre. Los romanos tenían tanta devoción por esta santa (basta con ver la gran basílica constantiniana en la Via Nomentana, su tamaño reducido después por el papa Honorio) porque Inés fue una de esas criaturas que salvaron a la Iglesia de Roma en un momento trágico. En la persecución de Valeriano, que provocó muchos *lapsi* [quiere decir “lapsos o caídos”], traidores de la fe, sabemos, por el relato de Dámaso, que la joven Inés se escapó de su casa para ir a proclamarse cristiana en público delante del tribunal. Tenemos una carta de la época de san Cipriano que nos cuenta que dos sacerdotes se habían puesto sobre las cuevas del Campidoglio, donde los *lapsi* debían subir para ir a quemar incienso y [así] recibir el pequeño documento [*libellus*] que testimoniaba la satisfacción de esta obligación impuesta. Pues bien, nos escribe el compositor de la carta, estos dos sacerdotes se echaban a los pies de los cristianos que subían, suplicándoles que no fueran, de no cometer ese pecado. Sabemos además que el número de los *lapsi* fue extraordinario. Pues bien, en un ambiente como este, donde era fácil ver a hombres y mujeres de edad madura renegar de Dios yendo a quemarle el incienso al emperador, aparece Inés, esta muchachita de doce o trece años (el análisis del cráneo ha demostrado que tenía esa edad) que testimoniaba su fe con valentía. Y podemos imaginarnos qué significaba para todos su débil voz que ululaba: “No, yo soy cristiana.” Una voz que debía resonar particularmente fuerte para todos aquellos que habían traicionado o estaban a punto de traicionar su fe. No caben dudas que el acontecimiento de esta niña háyale dado una sacudida a toda la comunidad. Sabemos en efecto que después de su muerte cobró nuevo aliento la Iglesia de Roma, que seguidamente fue una de las más fuertes. Umberto Maria Fasola, *Le origini cristiane a Trastevere* (Roma: Fratelli Palombi Editori, 1991), p. 53. Trad. E.G. Chávez